

de acertar en no hacer caso de esto exterior. No consintamos, hermanas, que nuestra voluntad sea esclava de ninguno, sino de solo el que la compró con su sangre. Miren que, sin entenderlo, se hallarán asidas, de suerte que no se puedan valer. No tienen cuento las niñerías que de aquí nacen, y nadie las sabe sino los que viven en comunidad; y cuando esta peste toca en los Prelados, acabóse la paz y todo el bien. Gran cuidado es menester para que este daño no pase adelante, y se remediará si luego al principio se corta el hilo á las tales amistades, que no son para más servir y amar á solo Dios». Hasta aquí son palabras de esta religiosa. Y para que de una vez quedés maestro y sepas cómo te has de haber en el amor de las criaturas, escribe este canon, que aunque riguroso, es verdadero y necesario en la vida espiritual: «Todo amor, ora sea natural, ú otro cualquiera que en el corazón te causare inquietud é imaginaciones, principalmente en el tiempo de la oración, ó te hiciere anhelar por la vista, conversación, trato y preferencia de aquella persona que amas y está ausente, si no fuese por la salud de su alma y por instruirle en las cosas del espíritu, es desordenado y defectuoso en el acatamiento de Dios, y por consiguiente impide mucho el aprovechamiento interior».

DISCÍPULO. Ya no falta sino el declararme el cómo y á dónde tengo de huir de las criaturas.

MAESTRO. ¿Tienes en la memoria lo que dijimos de esta cuarta parte, que hace á la introversión?

DISCÍPULO. Me parece que sí.

MAESTRO. No has de decir me parece, porque eso lo dicen los hombres que se les da poco por las cosas; y de todas las dichas es esta la más sustancial, y en que te has de ejercitar siempre que te fuere posible.

DISCÍPULO. ¿Quieres que te repita aquí todo lo que me has enseñado sobre el particular?

MAESTRO. Repítelo, enhorabuena, puntualmente, porque no hay en ello palabra que huelgue, siendo, por el contrario, muy necesarias todas ellas.

DISCÍPULO. *Uniformes entradas ó introversiones, por olvido de todas las cosas, á la unión con Dios.* ¿Es esto, padre mío?

MAESTRO. Eso es, y te aseguro que tiemblo al hablar de esta materia; pues como trato de cosas interiores y yo tengo tan poca interioridad, y aun porque les ha de parecer á muchos algarabía ó lenguaje nuevo lo que dijere, por ocuparse la mayor parte de los que se llaman espirituales en exterioridades ó en



lo muy superficial de la contemplación, como ya dije en el primero de estos *Diálogos*; dudo si conseguiré acertar según es mi deseo.

DISCÍPULO. ¿A qué llamáis superficial?

MAESTRO. Digo superficial cuando no se llega al gusto exquisito de la contemplación. Y porque deseo que no te quedes con duda acerca de esto, has de saber que, como dice Ricardo de Santo Victore y Húgo, la contemplación va acompañada, ó más bien lleva delante de sí, comunmente, tres á manera de doncellas que la van abriendo camino, y son: la lectura, la meditación y la oración. La lectura busca; la meditación halla; la oración pide; y la contemplación goza. La lectura pone el manjar sólido en la boca; la meditación lo rumia y quebranta; la oración adquiere sabor; y la contemplación es la misma dulzura, que recrea y regala el corazón. La lectura se ocupa en la corteza; la meditación en la médula; la oración en el deseo y peticiones; y la contemplación en la dulzura de la delectación alcanzada. San Isidoro dice que la vida contemplativa es vida libre de todo negocio y que en solo el amor se fija; y los santos dijeron que era vida ociosa; y el Filósofo, *IV Ethicorum*, la llama vacación. Al fin, es vida de espíritu, vida interior, vida esencial, vida deliciosa y de gran gusto; y por eso

te dije que hay poquitos verdaderos contemplativos, porque los más se ocupan en la lectura, y algunos en la meditación poco atenta y ménos devota y nunca perseverante; y mucho ménos en la oración que pide con gemidos y ansiosos deseos, y casi ninguno en la contemplación, donde se experimenta cuán suave es el Señor.

## § VII.

Tres cosas hacen al hombre interior y espiritual. La primera, el corazón vacío de ilusiones. La segunda, la sabiduría espiritual en el afecto. La tercera, sentir la unión intrínseca con Dios. Ahora bien; el que desea tener el corazón vacío de ilusiones ó imágenes, sepa que no le es lícito poseer cosa de este mundo con desordenado amor, ni allegarse á alguna criatura con voluntaria propensión y afecto, ni tener su conversación familiar; porque todo trato y amor cuya verdaderísima causa no es Dios, inficiona el corazón del hombre con imágenes y representaciones, porque, no de Dios, sino de carne, trae su origen y principio. Por lo cual te advierto, si pretendes ser hombre espiritual, que repudies todo amor carnal, para que de esta manera á solo Dios te allegues, y á solas le poseas y le goces. Y



ten por cierto, que por sólo el hecho de practicar esto con sinceridad y verdad; todas las imágenes vanas y todo amor desordenado acerca de las criaturas, será lanzado y desterrado de tu corazón; y la misma posesión de Dios por amor te librerá y declarará exento de todas estas cosas, porque Dios es espíritu, del cual ninguna verdadera y propia imagen se puede labrar ó representar el hombre, que con Él sólo se abraza; dejadas á un lado las criaturas todas. Pero adviérte que en este ejercicio no se te prohíbe que representes á tu alma la pasión del Hijo de Dios, y todo aquello que más te incitare y provocare á la devoción y piedad. Porque cuando llegares á la posesión de Dios, no dudes de que te verás junto á una desnudez, desnuda de toda ilusión ó imagen, que no es otra cosa que el mismo Dios, y todo ello el fundamento de la vida espiritual. El segundo es la libertad interior, como antes de ahora te tengo dicho.

DISCÍPULO. No me acuerdo en qué consiste esa libertad interior.

MAESTRO. En que sin algún impedimento ni estorbo te elevés hasta Dios en todos los ejercicios interiores, conviene á saber: al hacimiento de gracias; á las alabanzas divinas; á la veneración y reverencia debida al Criador; á las devotas oraciones; al entrañable y

cordial amor, y finalmente, á todo aquello que puede despertar el afecto y apetito de tu alma; y esto por la ayuda de la divina gracia, y con la diligencia y destreza que has de procurar tener acerca de todos los ejercicios espirituales, por los cuales se viene á lo tercero, que es sentir la espiritual unión con Dios. Porque cualquiera que en sus ejercicios se llega á Dios libre y desembarazado de ilusiones, y sin buscar otra cosa que la honra y gloria de Dios, no puede dejar de sentir la bondad suya y la unión estrecha con el Señor; en la cual unión tiene la vida interior su perfección espiritual y consumación; porque de esta unión el afecto ó deseo continuamente es movido y despertado á nuevas acciones interiores, y obrando siempre nuestro espíritu, se eleva á nueva unión; y de esta manera unión y acción constantemente se renuevan, y la renovación de una y otra se llama y es la vida espiritual. De manera que, así como el hombre se hace bueno por las virtudes morales juntas con la recta intención, se hace espiritual por las virtudes y unión con Dios; y sin estas dos, ni bueno ni espiritual. Hasta aquí es doctrina de Rusbrochio y bien dificultosa, y que no me ha costado poco trabajo el reducirla á términos algo más claros que los suyos. El mismo, en el cap. xiii de dicho trata-



do, establece seis cosas que se requieren para gozar de Dios; y, verdaderamente, son altísimas y de suavidad increíble; pero casi todas ellas están tocadas ya en diversas partes de nuestros *Diálogos*, especialmente en lo que del solitario dijimos y en esto que acabamos de decir.

S VIII.

DISCÍPULO. Mucho consuelo recibiría mi alma si sucintamente me dijerais eso que tanto contento os ha proporcionado; porque todo lo que escribe ese divino contemplador es dificultosísimo; realmente, pero muy importante.

MAESTRO. Y tanto más, cuanto que advierte en el fin de ese capítulo que quien entendiere bien estas seis cosas, entenderá todo cuanto en sus libros se halla escrito.

DISCÍPULO. Por amor de Dios, no me privéis de un bien tan grande como estimo éste.

MAESTRO. Haz oración por mí, entre tanto que desempeño un asunto que por obediencia me está encomendado; y ya sabes tú que aun á costa de nuestra vida debemos ser obedientes á nuestros superiores y cumplir sin vacilar todo cuanto nos ordenen.

DISCÍPULO. ¿Tan gran cosa es la obediencia?

MAESTRO. Tan grande, que por no faltar el Hijo de Dios á ella, faltó á su vida. Humillóse, dice San Pablo, á sí mismo, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz.

DISCÍPULO. Ese es un encarecimiento que yo jamás he podido acabar de entender. No bastaría decir hasta la muerte, sin que fuese necesario añadir la circunstancia de «muerte de cruz», supuesto que el haber muerto en ésta es cosa sabida de todos los hombres?

MAESTRO. Adiós que no puedo detenerme con nuevas cuestiones.

DISCÍPULO. El yaya contigo. Verdaderamente, es doctrina del cielo cuanta mi maestro me explica, y por lo tanto, de pocas sabida y de ménos experimentada. Cuántos encontraríamos en el mundo que no entendiesen este lenguaje del centro del alma y vida esencial é interior! Pues pensar que no sienten estas cosas las almas puras y bien mortificadas, es no sentir de Dios en bondad, como dice la Escritura. De sólo oír hablar á mi maestro sobre estas cosas, recibe luz mi entendimiento, inflámase mi voluntad, y queda mi memoria desocupada y libre de confusión. Así es que yo no pienso salir un punto de lo que me enseñare, porque tengo como cosa indudable que me ha sido interpuesto en mi camino por el mismo Dios, para impedir



mi perdición, á la que corría desbocado antes de tratar con él. Me parece que viene ya. Seáis bien venido, padre de mi alma; ya se me figuraba que tardábais mucho.

MAESTRO. Eso me prueba que te gustan estas pláticas y conversaciones espirituales, cosa que á mi me tiene harto satisfecho; pero como por la obediencia se han de dejar todos los gustos particulares, aunque sean del espíritu, ni pude prescindir de ella, ni venir con la prontitud que tú hubieras deseado. La obediencia es la primera hija de la humildad, y es la que sujeta el hombre á Dios y las facultades sensitivas á la razón. El verdadero obediente no sabe decir quiero ni no quiero, ni acierta á excusar sus dilaciones en la ejecución de lo mandado. ¡Oh, cuán pocos hallarás hoy en el mundo verdaderamente obedientes, y que, desterrada toda propia voluntad, no deseen ni quieran que Dios ó las criaturas les obedezcan, sino hacer ellos en todo la voluntad ajena! Por la obediencia, las obras que de suyo son casi nada, son mayores que sin ella las que parecen muy grandes. Cuanto más nos negamos á nosotros mismos, tanto más nos hacemos semejantes á aquel Señor que, por nosotros, no sólo obedeció á su Padre, sino que se entregó en las manos sacrilegas de los pecadores, para que libre-

mente hiciesen de Él lo que fuese su voluntad. No es gran cosa obedecer á los superiores, ni demasiado sacrificio sujetarse á los iguales; pero es del mayor mérito rendirse á los inferiores por amor de Dios. Ninguno se hallará tan seco y tan esteril que, si sujeta su cuello al suave yugo de la obediencia, no reverdezca, florezca y produzca frutos abundantísimos de merecimientos; porque la obediencia es camino segurísimo y muy cierto para alcanzar cualesquier gracias y dones del cielo. Atrevióse á decir San Bernardo que no hay camino por donde el verdadero obediente pueda ser llevado al infierno, á donde únicamente arde la propia voluntad. ¡Cuántos religiosos son mártires infructuosos, porque llenos de sí mismos se tienen por guías y maestros en todo lo que hacen, con tan poco aprovechamiento cuanto no se puede aquí significar, que si ejecutasen sus obras con el mérito de la obediencia, en poco tiempo llegarían á ser varones insignes en la virtud! Al fin, ningún sacrificio se le puede ofrecer más grato á Dios en esta vida, que un corazón humilde y obediente. Y podría uno en un momento obedecer por amor de Dios, con tanta humildad y pureza, y salir de sí y de su querer con tantas veras, que fuese llevado á Dios más y con mayor aprovechamiento que si



diez años viviese con gran devoción y ocupado en los más altos ejercicios nacidos de su voluntad. Tauler dice que si un hombre llegase á tanta familiaridad con Dios que siempre le estuviere mirando y contemplando presente, y conversase con Él como un amigo con otro, y fuese llamado por la obediencia, debería decir humildemente al Señor: Ea, suavísimo Dios, permita Su Majestad que por vuestro amor cumpla este mandamiento de la obediencia. Créanme, dice este doctor, que la tal resignación de la propia voluntad le sería más agradable y acepta á Dios en este hombre, que si en aquel mismo tiempo penetrara en los cielos con todos los bienaventurados. El mismo cuenta de una religiosa virgen que, deseosísima de hallar á su Esposo celestial, compuso esta breve oración: ¡Oh, Hijo único de Dios, amable Redentor de mi alma, quien me diese que por un momento pudiese yo verte en esta vida! Dichas estas palabras, se la apareció el Señor en forma de niño; y sucedió que, hallándose esta devota religiosa derretida y abrasada en amor del divino infante, una compañera suya llamó á la puerta, diciendo: Que asistiese á la obediencia, por cuanto la llamaba su prelada. Oídas por la santa virgen estas palabras, se dirigió al niño Jesús y le dijo: Bien veis, Señor, que

para cumplir con la obediencia habré de dejaros; yo os suplico, por lo tanto, que si sois servido, me esperéis aquí hasta que, desocupada, pueda volver á veros. La religiosa salió, en efecto; fué al sitio á donde su prelada la esperaba; recibió y cumplió las órdenes de ésta, y, una vez en libertad de obrar, tornó precipitadamente á su celda, penetra en ella y, con el mayor asombro, la encuentra llena de resplandores, y en su interior á su Amado, joven de veintitantos años, hermosísimo, de semblante dulce y risueño, al que, no obstante su respeto y su admiración, dirige las siguientes palabras: «Cómo en tan breve tiempo, Jesús amorosísimo, pudisteis haber crecido tanto?—Tu obediencia sola, la contestó Jesús, lo hizo todo». Con cuyo ejemplo nos manifiesta el doctor Tauler cuánto crecen las obras debidas á la obediencia, por muy pequeñas que nos parezcan. Y por último, la Sagrada Escritura dice: «Mejor es la obediencia que el sacrificio».

## § IX.

DISCÍPULO. Si la lección que me habéis explicado no fuera de tan gran importancia, diría que huíais de declararme lo que antes de ahora os pregunté acerca de la obediencia



de Cristo; esa obediencia que encarece San Pablo diciendo que obedeció hasta la muerte, y muerte de cruz.

MAESTRO. No huyo realmente de entrar en materia sobre este particular, sino que voy dilatando la entrada contigo en aquel ejercicio de la introversión, porque se requiere para él una abnegación perfectísima de la propia voluntad y una obediencia pronta. Pero una vez que está ya dicho lo que se necesita, en el presente caso no tengo inconveniente en decirte que aquella repetición de «muerte, y muerte de cruz», es más misteriosa de lo que nadie que no sea muy espiritual y muy entendido puede imaginarse. Nota, pues, que examinadas las obras del Cristo, esas obras que ejecutó con el fin de redimirnos, como salidas de su puéstó divino, y acerca de las cuales no se hallará más razón en una que en la otra para llamarla mayor, porque todas ellas fueron infinitas; obras, en una palabra, de Dios-hombre; pero sacadas de esta consideración y divididas por partes, en alguna de ellas hallaremos razón ó razones por donde parezca mayor; ó porque para hacerla, tomada de por sí, eran menester más cosas y mayores diligencias, ó por la mayor dificultad en que se ponía la humanidad de Jesucristo, de donde la tal obra salía. Esto se puede ver cla-

ramente mirando varios trozos de un círculo, ó más bien de una circunferencia; cuyo mayor ó menor tamaño de cada uno de ellos no hay inconveniente en apreciar; pero los cuales trozos, unidos hasta formar la circunferencia completa, desaparecen y forman un todo continuo, cuyo principio ó fin no se encuentra en alguna parte. Pues una cosa muy semejante puede decirse de las obras de Cristo, que son como círculo donde sólo hay infinidad; pero que apartadas de esta consideración y tomadas ellas de por sí, como salían de la humanidad y salieran de mí si las hiciera, en tal caso bien se puede juzgar cuál es mayor y cuál menor, si ésta es producto de mayor trabajo ó lo es aquélla. Esto presupuesto, nota lo segundo que no has de parar tanto la atención en lo que padeció el Hijo de Dios, cuanto en la deshonra y afrenta á aquello que padeció; la cual, cotejada con los trabajos, dolores y muerte, sin comparación ninguna le lastimó más que todos ellos. Pues si los dolores de Cristo sacan de juicio á quien con atención los considera, ¿qué sentimiento causará en tu alma la afrenta que recibió en todos, siendo, como queda dicho, mayor que ellos? De aquí deducirás que será mayor entre sus tormentos aquel que hubiese sido más á su costa y en que hubiese puestó mayor trabajo



para sufrirlo, si la deshonra hubiere sido también mayor. Y por cuanto lo que duró la crucifixión fué de dolor increíble, superior al que sufrieron todos los mártires, y junto con eso, tuvo más de deshonra, por ser castigo de infames y gente facinerosa; sin duda fué este el paso más riguroso y terrible y más digno de consideración y sentimiento. Lo cual da muy bien á entender el Apóstol en las palabras arriba alegadas: «Humillóse, hecho obediente hasta la muerte, y muerte de cruz».

DISCÍPULO. ¿No bastará decir hasta la muerte, pues, como dijo el filósofo, ninguna cosa hay más terrible que la muerte?

MAESTRO. No; porque de ahí pasó el tormento de Cristo, el cual, muriendo, no sólo efectuó su trabajo con muerte, sino con la muerte más ignominiosa que entonces había ni se podía imaginar. Y no podía Dios en tal tiempo escoger otra muerte, á fin de que los hombres entendiesen lo mucho que sentía y ponía en nuestra redención, como no fuera escogiendo la muerte de cruz. Por donde entenderás que fué más á los ojos de Dios la afrenta que no el morir. Lo cual se ve muy claro en aquel sudor de sangre que tuvo en el huerto, disponiéndose á la muerte. Porque no la imaginación de los tormentos y cruel muerte, como muchos dicen, le hizo sudar sangre,

sino la que tuvo vivísima de la afrenta y deshonra consiguientes á aquel género de muerte.

DISCÍPULO. ¿Y de qué manera podría probarse que la consideración de la afrenta y no de los dolores y angustias de la muerte le causaron aquel sudor?

MAESTRO. Porque, como sabes, la sangre ejerce en el cuerpo el oficio de corredor y acude siempre á favorecer la parte más necesitada; siendo así que, cuando un hombre está medroso, se le pone el rostro blanco como un papel, porque la sangre acude en aquel momento á socorrer el corazón, que es en donde se experimenta el miedo, y abandona el rostro. Por el contrario, en la pasión de la vergüenza acontece que, como dijo un poeta, la vergüenza sale á la cara, y de aquí la necesidad de que la sangre, reconcentrada en el corazón en el caso precedente, acuda en éste al rostro para cubrir la afrenta que teme recibir el avergonzado.

DISCÍPULO. Efectivamente; yo me he puesto encendido y colorado como un carmesí siempre que he sentido vergüenza, aun siendo niño.

MAESTRO. Pues así has de entender que aconteció en Cristo. Nuestro Redentor, orando en el huerto, sudó sangre en abundancia,



no por miedo que tuviera á los azotes, corona de espinas, bofetadas, clavos y muerte; que si eso fuera, quedara descolorido, por haber de acudir necesariamente la sangre á favorecer al corazón, donde se siente y padece el miedo, sino á las afrentas consiguientes á esos mismos tormentos y muerte infame. Y porque no solamente en el rostro, sino en todo su cuerpo santísimo había de padecer afrenta, supuesto que había de ser desnudado en medio del día y ante una concurrencia tan grande de gentes, y gentes tan malas y perversas, se originó el sudor en todo su cuerpo. Y porque esta afrenta y vergüenza había de ser en extremo mayor que las padecidas y cuantas puedan padecer los hombres, la imaginación de ella fué tan poderosa, que no se limitó con arrebatarse la sangre al rostro, que es hasta donde suele llegar el color sanguíneo en los que sufren afrentas; sino que, desahogada como un caballo sin freno, no sólo cortió á inyectar otros muchos puntos de todo el cuerpo, sino que traspasó la piel por sus poros, manchó las vestiduras y regó el suelo. ¿Y qué mucho que pasase esto con Cristo, que era Dios verdadero, cuando en algunos hombres, y aunque en menor escala, algunas veces se ha observado lo mismo? De donde podrás fácilmente colegir cuán grande le pareció la afrenta á

Jesucristo, y cuánto más le lastimó que los dolores y la misma muerte. Esto lo significó ya el Apóstol cuando dijo: «Que fué crucificado en angustia», porque no solamente sintió los barrenos de los piés y de las manos, y aquellos golpes horribles del martillo para ser fijado en la cruz, sino mucho más las palabras afrentosas y los denuestos horribles que le dirigían, y la deshonra consiguiente á esa muerte de cruz, ó sea esa doble muerte en boca del Apóstol, y en la que tú también has de doblar la consideración, pensando no solamente en lo que padeció, sino en lo amenguado y afrentado que lo padeció.

DISCÍPULO. Consoladísimo me dejaste con lo que me has dicho, y muy bien dispuesto para no dejar pasar cosa en que se me ofrezca duda; mas entre tanto, y si bien os pareciere, podríais decirme antes de despedirnos lo que me prometisteis referente á Rusbrochio.

MAESTRO. Mejor será que nosotros despidamos al día, para que tú tengas tiempo de pensar en cuanto he dicho, y yo en lo que me queda por decir acerca de la uniformidad de las introversiones ó entradas del alma en su íntimo ó centro; todo lo cual requiere estudio y oración; algunas veces se ha observado lo mismo; De donde podrás fácilmente colegir cuán grande le pareció la afrenta á



DISCÍPULO. Alúmbrete el Señor, para que de la luz que tú recibieres, reciba mi alma, y las demas que quisieren aprovecharse de tan alta doctrina. Amén.

DIÁLOGO DÉCIMO.

DE LA UNIFORMIDAD DE LAS INTROVERSIONES Ó ENTRADAS DEL ALMA Á SU ÍNTIMO Ó CENTRO, QUE PROPICIAMENTE ES EL REINO DE DIOS Y DEL RECOGIMIENTO.



DISCÍPULO. O se tarda mi maestro ó yo me he apresurado á venir, y acaso sea lo uno y lo otro, y una misma la razón de su retraso y la de mi presteza. A mí me ha traído tan temprano el deseo de oírle hablar de lo más dificultoso y trabajoso de la conquista del reino de Dios, que son las entradas del alma á su centro, mientras á él le habrá detenido la dificultad de la materia, porque siempre temo llegar á este punto. Y ciertamente, no me extraña que se recele y tema hablar de



esta doctrina. Amén.

DIÁLOGO DÉCIMO.

DE LA UNIFORMIDAD DE LAS INTROVERSIONES Ó ENTRADAS DEL ALMA Á SU ÍNTIMO Ó CENTRO, QUE PROPICIAMENTE ES EL REINO DE DIOS Y DEL RECOGIMIENTO.



DISCÍPULO. O se tarda mi maestro ó yo me he apresurado á venir, y acaso sea lo uno y lo otro, y una misma la razón de su retraso y la de mi presteza. A mí me ha traído tan temprano el deseo de oírle hablar de lo más dificultoso y trabajoso de la conquista del reino de Dios, que son las entradas del alma á su centro, mientras á él le habrá detenido la dificultad de la materia, porque siempre temió llegar á este punto. Y ciertamente, no me extraña que se recele y tema hablar de